







ELVO Editorial · Narrativa  
info@elvoeditorial.com  
www.elvoeditorial.com

Primera edición: enero, 2023.

© Adela Guerrero Collazos.  
© ELVO Editorial.  
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscuget.  
© del prólogo: Carlos Hugo Garrido Chalén  
© de la introducción: Carmina Navia Velasco  
© del proemio: Antonio García Pereyra  
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 143-2023  
ISBN: 978-84-126692-0-6



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.



# LA CASA AL MEDIODÍA

**Adela Guerrero Collazos**



## Prólogo

*ADELA GUERRERO COLLAZOS:  
EL VALOR DE LA NUEVA NARRATIVA COLOMBIANA*

Los narradores Colombianos quizás tengan el mismo problema de haber sido agredidos por el discurso antropológico post García Márquez, como sucedió, con igual prejuicio, con los poetas peruanos con relación a la obra poderosa de César Vallejo. Siempre es absurdo enredarnos en ese tipo de hipótesis que lo único que hacen es ponerle techo y en consecuencia subestimar a la inteligencia creadora de los que siguen trajinando en la literatura. Por eso, para analizar la novela *La Casa al medio día*, de la poeta y escritora Adela Guerrero Collazos, no voy a cometer el error de querer penetrar en la silueta del canon cultural de la identidad de ese país sudamericano, porque en realidad no es mi intención hacerlo.

Lo que si estoy en la obligación de expresar es que *La Casa al medio día* es una novela que impresiona por su textura y manejo idiomático, por el control de las distancias escénicas que mueven su discurso narrativo (o más que eso la cándida excelencia magistral de sus decires) y esa coherencia que es capaz de sacar de quicio al lector, por su capacidad —su morbo escondido que ni ella misma cree que posee— para llevarnos adonde la intrepidez de

su autora quiere, pero también adonde no, porque precisamente por su capacidad narrativa, se supera a sí misma y se sorprende. Y cuando lo hace es víctima y victimaria de sus arrebatos, como el que navega un barco como capitán y es el barco mismo, su timón, su mástil, su proa y su popa, incluyendo sus tripulantes. Entonces el resultado es un ir, pero también un venir al hallazgo que termina convirtiendo ese trabajo en un logro valioso, que tarde o temprano se tendrá por reconocer.

Adela Guerrero, por esa razón y especialmente en esa novela, no es el parapeto en el que se solaza el arte de los que entran y salen de la cumbia o el vallenato, que encabezan el canon cultural de la identidad colombiana —menos de Riosucio—, o de quienes creen que García Márquez, con toda su grandeza, es el tope de los narradores de este tiempo para el mundo, sino una sorpresa que con seguridad agradará a los críticos o a los que andan por allí husmeando en los logros ajenos, acaso por la imposibilidad de obtener los propios. Pero no porque se nos ocurra forzar esa calificación para un favorecimiento injusto, sino porque la poeta y escritora Adela Guerrero, que reside en Cali, en el Valle del Cauca, acredita una capacidad sorprendente para manejar con clase, escenarios y circunstancias que en narrativa sirven para dar prospectiva a todo lo vivido, o a lo que no se ha vivido, pero que puede inventar la capacidad creadora de quien los concentra en una sola visión y un solo pregón más allá del pregón, en un solo milagro más allá del milagro, adicionándoles ese impulso genético que solo la poesía puede dar, para ofrecernos un producto genuino, que no se parece a nadie y que solo le pertenece a la fantasía que muchas veces resulta más extrema que la realidad.

La autora, con inevitable maestría, lleva a su protagonista a caminos de sabrosa textura (incluso hasta aquellos en los



que la angustia y el dolor le castigan el alma), porque maneja el elemento textual con la inocencia de la que ha hecho pacto de castidad, pero que también es capaz de reaccionar a las pulsaciones ominosas del instinto. Y es allí donde Adela Guerrero Collazos se luce, con pinceladas que solo se le pueden ocurrir a quien ha hecho de la literatura una cuestión de vida.

De esta lectura es fácil inferir que la poeta y escritora Guerrero Collazos sabe manejar el valor de las secuencias semánticas y sintáxicas para configurar el andamiaje de su obra, a partir de sus creencias morales y sus capacidades retóricas, entendiendo la literatura como un ir a la jactancia demostrativa y a la descripción puntillosa de pormenores que no cualquiera puede consolidar.

En esta novela, que podría ser a la fecha la más calificada de las obras, Adela Guerrero, como escritora, suscribe una especie de armisticio con su propia elocuencia para formular una nueva manera de decir las cosas y de manejar las posibilidades que dan los denominados racontos, que en la novela nos suelen llevar —por vía aérea o a lomo de caballo— a destinos diferentes, generando sin proponérselo un trabajo literario de gran contenido deontológico o moral, que a mí, en verdad, me ha sorprendido gratamente.

«De repente, Amalia oyó su nombre: era María Isabel quien le decía que habían llegado. El auto se acercó a la casa once y Amalia vio en la puerta a la mujer que ella más había necesitado y a la que menos conocía: su madre. Su rostro palideció. Sintió las manos de María Isabel entre las suyas. Su mirada se cruzó con la de la hermana que siempre había estado con ella, en las buenas y en las malas, en la presencia y en la ausencia.

»Al bajarse del auto, ya más cerca, percibió el cuerpo delgado de su madre, los gruesos cristales de los anteojos y el bastón

que la sostenía. Nunca imaginó que la distinción de su madre se apoyaría, un día, en un bastón. Ella, quien había recibido los mejores elogios por su elegancia al vestir y era reconocida como la mejor de las modistas, solo podía ver, entre sombras su máquina de coser. Recordó el silencio de su madre durante los años que ella permaneció en España y se sobrecogió, porque jamás la comprendió. Las continuas llamadas, cartas y razones de todos los de la familia, para que regresara a la casa, hicieron que Amalia saliera del país. Y esa decisión fue un doloroso golpe para su progenitora, quien, según le contaba María Isabel, lloró todos los días, desde cuando supo de su partida. Su hermana nunca intuyó la verdad del motivo del alejamiento de la madre, no solo con Amalia, sino también con ella. Lo único que sabía era que a su madre la atormentaba algo, como un secreto que guardaba, con un enorme miedo de ser descubierta. Secreto que años después, por una circunstancia ajena a su voluntad, se vio obligada a descubrirse a sus dos hijas menores.

»Su madre sintió los pasos de Amalia, como olvidando el pasado y el bastón, la abrazó con todo el amor que podía caber en su cuerpo tembloroso. Amalia no esperaba que la recibiera como lo hizo. Fue un abrazo de reconciliación, que aceptó a pesar del resentimiento que su rostro reflejaba. La madre la retuvo entre sus brazos y los recuerdos de infancia abrieron el corazón de Amalia, que por unos minutos se quedó sintiendo el calor que le había sido negado tantos años. Después Amalia le dio un beso en la frente y sonrió expresándole su felicidad. El rostro de la madre se iluminó, como si la distancia se hubiese desvanecido y la muralla que encerraba el sufrimiento por la ausencia de su hija, se hubiese venido abajo; y con la intensidad de la emoción la volvió a abrazar. A Amalia le llegó la claridad de la vida de su madre, comprendió su pasado, y disfrutó de su

abrazo, hasta cuando Helena les dijo que el padre estaba ansioso por verla.

»La casa era grande. Las paredes blancas la iluminaban. En los corredores había materas con pensamientos, rosas, veraneras de todos los colores, que le daban un aire y una fragancia especial. En el centro del patio, una fuente refrescaba el ardiente clima de la ciudad. El saludo de los pájaros con sus cánticos y su revoloteo hicieron sonreír a Amalia. Era una bienvenida diferente.

»La habitación donde se encontraba su padre, era la más amplia. Amalia quiso verla antes de saludarlo, se acercó a los ventanales y aunque las cortinas estaban corridas, por entre los pliegues vio las paredes blancas y los pisos de cerámica brillante. La cama estilo colonial tenía un colchón donde podrían dormir hasta cuatro personas, tendido con sábanas blancas de seda y encima un edredón doblado hacia los pies. Amalia lo reconoció, era de los que su madre tejía con hilos de algodón, al igual que las cortinas. Dos sillas, una mesita de noche y un espejo complementaban el mobiliario. Las campanadas de un reloj la distrajerón. Amalia miró a Helena, quien con el movimiento de sus labios, sin sonido y una señal con su mano, le hizo entender que era el reloj de la iglesia. Había dado las once de la mañana.

»Amalia temía la reacción de su padre. Le temblaron las piernas, al recordar la forma como él expresaba lo que pensaba. No quería que la juzgara por su comportamiento. Sabía que estuvo mal, el dolor que les causó al irse sin despedirse.

»Cuando estuvo frente a él, se llevó las manos a la cara, porque no esperaba verlo tan demacrado. Su padre era un saco de huesos tirado en la cama. El cáncer que había terminado con su esófago, transformó la sonrisa que hechizaba, en un extraño

rictus y su mirada amorosa en una honda tristeza. Conmovida, se acercó, un gancho metálico atravesó su corazón cuando lo abrazó. El padre apenas podía moverse, pero la estrechó con tanto afecto, que Amalia no pudo contener el llanto. Era el abrazo que había soñado darle, desde que se había despedido de él, de su hermano Juan y de un amigo que los acompañó el día en que fueron al convento a rogarle que regresara a casa.

»No hubo palabras. Solo el silencio acompañó el saludo, mientras afuera, el sonido del silencio, apedreaba el aire.

»Al día siguiente, Amalia buscó a su amiga Julia, quien se encontraba en una Clínica de la capital. Aunque mucho más delgada, todavía era una mujer bella. Un policía hablaba con ella. Amalia se armó de paciencia y se sentó a esperar. Ellos hablaban tan alto, que no pudo evitar escuchar la conversación. Julia se veía muy molesta.

—¿Desconfía de alguien, señora?

—No.

—¿No pensó que era una niña indefensa y que usted estaba en la obligación de cuidarla?

—Yo no pensé nada.

—¿Con quién estaba la niña?

—Con la empleada y un compañero del colegio

—¿Había alguien más?

—Sólo fueron al supermercado del barrio.

—¿Cómo se llamaba la niña?

—Se llama Marcela, ella vive.

—¿Qué hizo cuando no llegó al apartamento?

—Llamé a la madre del compañero del colegio.

»Julia siempre había luchado por olvidar su pasado. Su vida había sido una tragedia, como ahora, que se encontraba en un hospital esperando noticias de Marcela, a quien estaban inter-

viniedo. En la oscuridad de los pasillos, sintió la angustiada soledad que la habitaba. Amalia vio cómo su amiga comenzó a dar vueltas por la sala de espera. El silencio era violentado constantemente por un grito. Cuando Julia vio a Amalia, se acercó, y sin palabras, la abrazó. Amalia la sintió tan vulnerable que quiso distraerla, contándole sus últimos quince años, como se cuenta una película de acción entre lágrimas y risas. De repente Julia la interrumpió:

—No soy la piensas que soy

—¿Quién eres, entonces?

—Nunca he sido la que la gente piensa.

—Julia, ¡cálmate! Es normal que te sientas confundida.

—Mi historia es larga —le dijo con los ojos vidriosos— pero la vas a saber.

—¿Alguna vez te has enamorado, Amalia?

—No es momento de hablar de esas cosas.

—¡Me la mataron!, Amalia, ¡me la mataron!

—Guarda la esperanza, Dios es grande.

—Dios está en mi contra.

—Eso lo dices porque estás desesperada.

»Un ruido de gente que corría las distrajo. Vieron que a la sala de cirugía entraron deprisa, dos médicos y unas enfermeras. Julia se quedó petrificada. Amalia la abrazó. Era lo único que podía hacer. Julia lloraba desconsolada. De pronto, mirándola a los ojos le dijo:

—Amalia, tengo rabia con Dios.

—Dios no tiene nada que ver en esto.

—Tiene que ver con todo. No soy mala madre, no la descuidé como insinuó el policía.

—Desde que nací, nací perdiendo.

—No te expreses así, ten esperanza.

## LA CASA AL MEDIODÍA

—No supe a qué momento pasó esto.

—¡Cálmate, amiga! Las pruebas nos vuelven más fuertes.

—No, nunca voy a olvidar.

»Amalia quería a Julia como a una hermana. Le dolía verla derrotada, perder la fe en Dios.

»Un oficial quiso interrogar a Julia, ella dio media vuelta ignorándolo. No le importó lo que pudiera hacer.

»Amalia la siguió:

—En lugar de estar preguntándome tonterías, debería estar buscando a los que le hicieron esto a mi niña-

»Amalia asintió.»

En esta novela, Adela Guerrero Collazos consolida su oficio de poeta y escritora y nos ofrece un trabajo de gran consistencia axiomática y valor literario del que se podrían generar secuencias inacabables, pues entra con su candor de exmonja redimida a mostrarnos el significado de la solidaridad y la libertad que, junto al amor, resultan las verdades más inequívocas.

*Carlos Hugo Garrido Chalén*

# Introducción

*LA CASA AL MEDIODÍA, de Adela Guerrero*

**E**n la raíz de esta novela hay un conjunto de vivencias y sentimientos, pero hay sobre todo un grupo de preguntas. Preguntas sobre el amor, sobre las relaciones familiares, sobre el destino de la mujer... preguntas en últimas, sobre el sentido de la vida. Preguntas que quedan abiertas ante cada uno de los lectores para vislumbrar nuevas y distintas aproximaciones.

Nos encontramos con la historia de Amalia: sus búsquedas, sus amores y sus angustias. La narración es la historia de un itinerario vital, un itinerario orientado hacia la realización personal de una mujer en medio de ambientes familiares, religiosos y sociales que le plantean retos en cada movimiento. La escogencia de una voz narrativa clásica permite mostrar un amplio paisaje en el que los protagonistas van a moverse; por otro lado, el punto de vista que se acerca la mayor parte del tiempo a la protagonista permite penetrar en su interior, en sus múltiples sentimientos e interrogantes permanentes.

Creo que el mayor acierto de la obra es llevar a la literatura la vida cotidiana de una mujer y situar en un nivel literario problemas y satisfacciones que acechan en cualquiera de las calles de nuestros barrios: la escasez monetaria, el desarrollo de los embarazos, la posibilidad de abortos, la alegría de los nacimien-

tos... es decir, todos los avatares de una vida «común». La heroína de esta narración puede ser cualquiera de las mujeres que nos cruzamos en la calle, la novela nos muestra que en cada uno o cada una habita un volcán en ebullición del cual participamos también quienes seguimos estos rumbos.

La aventura existencial de Amalia y su historia de amor con Javier llenan estas páginas. El trayecto que recorreremos en la novela es el camino desde el convento hasta el matrimonio y la enfermedad... y a través de este trayecto nos encontramos con las relaciones familiares, la conflictividad clásica de la hija con la madre, la construcción de la amistad y el apoyo, la realidad de la violación y sus terribles consecuencias. Este último tema, bien ubicado por medio de lo que la crítica denomina *un relato inserto*.

Una voz narrativa cercana a la omnisciencia nos pasea por el paisaje total y nos va acercando a cada uno de los hechos y a su evaluación por parte de los protagonistas o sufrientes.

Hacia el final del trayecto nos encontramos con los problemas de Javier y su probable falta de solución. Amalia entonces debe sacar de su interior la capacidad de enfrentarlos. Desde esa interioridad, la protagonista se convierte en guía, pero también en investigadora psicológica que conspira con el medio para hacer de espejo y de resorte de las limitaciones de su marido.

La pintura para ella es una búsqueda de indagación y de expresión que la sostiene en el último tramo de la novela, ya que en alguna medida los horizontes se han ido cerrando. No obstante, la novela queda abierta porque el futuro llama desde la esperanza y el amor de la pareja. La vida sigue y los lectores nos preguntamos qué suerte les espera a ellos.

*Carminiña Navas Velasco*



## Breve proemio

**H**ablar de Adela y de su obra no sólo es hablar de una autora y de un libro, es hablar de una amiga y de una historia personal de superación.

Con esa magia que envuelve su mística personalidad, Adela nos lleva con su Casa al Mediodía a conocer los entresijos de una mente que se debate entre el culto a Dios y el amor al hombre; entre la lucha y la resignación; entre el sabor del recuerdo, la intensidad del presente y la incertidumbre del futuro, pero siempre con una fuerza arrolladora donde prima la esperanza. Y así, entre pasaje y pasaje, nos invita a conocer a la protagonista, Amalia (espejo de ella misma), que nos seduce con su intensa vida, siempre marcada por la espiritualidad, la intuición, la entrega, la literatura, la búsqueda y los grandes valores.

La casa al mediodía es la historia de mil pequeñas historias que conforman los avatares de una mujer tímida pero a su vez empoderada; es la historia de una casa, una familia, unos sentimientos, unos secretos, una entrega absoluta hacia los suyos.

Con una sensibilidad poética, la autora nos detalla los pensamientos más íntimos de Amalia, una mujer enamorada que, aun con los estigmas del pasado, se sabe forjar ante nuevas adversidades; y cuando alcanza esa felicidad soñada y compartida, de nuevo tiene que sacar fuerzas (descritas en sus reflexiones) para combatir con algo inesperado, el olvido, pero con un desenlace donde nos enseña que el amor todo lo puede. Como decía

## LA CASA AL MEDIODÍA

Santa Teresa: «Muchas veces basta una palabra, una mirada, un gesto para llenar el corazón del que amamos».

Como buena poeta, Adela ha escogido un título lleno de significado. En él no sólo hace referencia a una casa propiamente material, sino también a una perfecta metáfora del interior (el cuerpo como templo mismo), donde enfatiza en el mediodía como hora del renacimiento, símbolo de luz y color, sonidos, ilusión, calidez y horizonte infinito: la búsqueda de la armonía.

Espero y deseo que disfruten con su lectura.

*Por los abrazos y horas:*

*A nuestros amados hijos:  
Marysol-Miguel, David-Lorena.*

*Y nietos:  
Mariana, Jacobo, Lucas, Mateo.  
A toda mi familia representada por Hortensia y Jairo.*

*A mis amistades de hoy y siempre*

*A quienes caminaron conmigo en esta escritura de Luces y...*

*A Ti, que acompañas a quienes van hacia el olvido.*

*A Ti, Casa mía, lugar sagrado, que convertiste casa asombro,  
cada lágrima, en llamaradas de sol en tu regazo.*

*A Ti, amado Luis Fernando, con tu silencio me enseñaste  
misterios de la escritura.*

*Al poeta escritor Carlos Hugo Garrido Chalén,  
autor del prólogo.*

*A la poeta escritora Carmiña Navia Velasco,  
autora de la introducción.*

*Al poeta escritor Antonio García Pereyra  
editor de ELVO editorial, y a su equipo de trabajo en España,  
porque con una actitud fraternal abrieron las puertas de  
La casa al mediodía.*

*El Amor con Ustedes. Agradecemos, Festejemos.*

# LA CASA AL MEDIODÍA



**Adela Guerrero Collazos**



*En una noche oscura  
con ansias en amores inflamada  
¡oh dichosa ventura!  
salí sin ser notada  
estando ya mi casa sosegada.*

San Juan de la Cruz

**1ª Parte**  
***El amor interroga***

## *I. Decisión radical*

— ¡Vaya con Dios! —Fueron las últimas palabras de la monja directora, mientras alrededor acechaba, con su cara escuálida, la sombra del futuro de Amalia.

Para Amalia tuvo un sentido definitivo, pero la certeza de que lejos del convento la vida sería de repente más difícil y que la incertidumbre y el dolor la acompañarían por siempre, no la detuvo. Y esa contingencia, alejada de los ceremoniales que le imponía su decisión, le hizo recordar a Osho, que, desde su grandilocuencia festiva, solía decir:

«La vida no te está esperando en ninguna parte, te está sucediendo. No se encuentra en el futuro como una meta que has de alcanzar, está aquí y ahora, en este mismo momento, en tu respirar, en la circulación de tu sangre, en el latir de tu corazón. Cualquier cosa que seas es tu vida. Si te pones a buscar significados en otra parte, la perderás».

«Sí», se dijo «Osho tiene razón, mi vida es este instante: sola, sin tiempo, sin futuro, sin trabajo, sin casa, sin vestuario, sola, conmigo. Lo único que tengo es el poder que llevo en mi ser de mujer: la decisión de la pantera que, en silencio, busca su lugar en la selva; la ferocidad de la leona, que rompe las redes para liberarse; la inteligencia de la alondra que sabe que, si lleva su canto a las alturas, la llaman por su nombre; la agilidad del colibrí para encontrar su banquete preferido; la ternura de la lluvia cuando abraza, refresca y ama».

Amalia entró a la camioneta que la llevaría al aeropuerto. Nadie fue a despedirla, ni siquiera sus más cercanas amigas religiosas, por motivos que Amalia no pudo intuir, a pesar de que todas sabían que, a primera hora, ella se iría definitivamente. Un suspiro acompañó la mirada de nostalgia, que le atravesó el alma. Al llegar al aeropuerto, se registró en la aerolínea, buscó su sala de embarque y tomó asiento. Hacía frío, como el que sentía en su corazón. Mientras esperaba la orden de salida, sintió que su decisión había sido la más acertada. Al escuchar el aviso para abordar, se le hizo un nudo en la garganta y, con la sensación de quien lleva una enorme carga sobre los hombros, subió las escalinatas del avión. Al llegar a la puerta se dio media vuelta, alzó sus brazos y se despidió, no se sabe de quién, ni ella misma fue consciente del gesto. Los ventanales reflejaban el sol de julio y ella observó cómo quemaba el pasto en los jardines. Un sudor inesperado empapó su espalda y pensó que esa reacción no era normal, pero entendió que el cuerpo expresa lo que el alma siente.

Mientras el avión se elevaba, ella, deseosa de espacio y de distancia, se dispuso a sacudirse del pasado nebuloso que la llevaba de retorno al hogar de donde había salido hacía quince años. Cerró los ojos, respiró profundo, imaginó frente a ella a un enorme globo y lo llenó con las tristezas y las alegrías que toda convivencia, en especial, entre mujeres deja. Guardó en él los años de cercanía de los jóvenes, aquellos momentos en los que se sintió como forastera o inútil entre sus compañeras de hábitos, o ante las recriminaciones de alguna directora. Los veintidós años que vivió lejos de su familia aumentaron la lista de las despedidas que terminaron de llenar el globo. Lo selló y lo dejó ir. El sol entró por la ventanilla, y una sonrisa como las que suele tramitar la complicidad iluminó su rostro. En verdad



«Tomar la vida con alegría es el mejor cosmético para una mujer» —recordó a Rosalind Russell.

El llamado de Julia, su amiga de infancia, había apresurado la salida del convento y fue el motivo perfecto para dejarlo todo. Julia, prestigiosa abogada, y su amiga incondicional, al saber que Amalia pensaba regresar a casa, para apoyar a su padre en sus últimos días, le había pedido que la acompañara en la lucha contra los agresores de su hija, Marcela, de ocho años, quien se debatía entre la vida y la muerte, después de haber estado desaparecida por dos semanas y haber sido abusada por delincuentes. Así, Amalia justificaría otra de sus frecuentes e intempestivas decisiones. Ella, desde su infancia, siempre había buscado dónde sentirse feliz. Aunque parecía haber disfrutado de la experiencia religiosa con las hermanas del convento y los estudiantes, ahora iba hacia el nivel cero de su vida.

Mientras miraba por la ventanilla el esplendor de las nubes, las imágenes de su infancia comenzaron a llegar con tal fuerza que la opción de acompañar a su amiga era como el primer paso para recorrer sus propias huellas. Aunque hacía mucho tiempo que no la veía, sí, se comunicaban y la cercanía en los primeros años creó un vínculo como de familia, inmersas en un huracán de juegos y travesuras. Más de una vez, Amalia hizo las tareas de Julia y, en ese ir y venir de hermandad, más de un secreto se confiaron.

Su infancia estaba allí. Recordó a su madre, quien, en una de sus confesiones, le comentó que al inicio de su embarazo se encontró en el parque del pueblo donde vivían, con una gitana, quien, sin saludarla, señaló su vientre mientras le decía que la niña que se gestaba en ella iba a ser conocida por sus escritos. Ante esa anécdota, Amalia sonrió.

Se vio como una niña feliz, que miraba la vida con entusias-

mo, que programó y organizó los eventos de su clase: los bailes y recitales donde repetía los poemas que escuchaba de su madre. Recordó a Dango, su perro, que también era el caballo de su hermanita María Isabel. Dango fue su primer amor, la primera imagen de amigo, el que todo lo entrega sin pedir nada a cambio, el que está alerta y el que responde sin palabras a los juegos, a los anhelos de sus amigos. Sus ojos se ensombrecieron ante el recuerdo de la muerte del amado can. Una vecina lo envenenó porque, confundido, vio que ella le pegó a su hijo, saltó la reja de la casa y la mordió.

Se vio como la niña que tenía el mundo entre sus manos, que se soñaba caminando por la vida, segura de su inteligencia, seguridad que afianzó a sus seis años con la medalla de oro a la mejor estudiante de los colegios y escuelas de la ciudad. Sus padres hablaban con orgullo de la capacidad que su niña tenía para tomar decisiones, la que demostró a un momento inesperado, entrando en la adolescencia, al aceptar, sin consultar con ellos, la beca que ganó para ir a estudiar a la capital.

El avión comenzó a moverse y el capitán hizo el llamado de ajustar los cinturones. Amalia miró por la ventanilla y lanzó un tenue suspiro, al ver que el avión entraba en una enorme nube negra, semejante a su futuro. Esa alerta la llevó al recuerdo de la otra Amalia, a quien el cambio de actitud frente a la vida se le presentó con tal claridad que un suspiro la dejó pensativa y se preguntó en qué momento su alegría había desaparecido, en qué momento sus días se congelaron. Mientras escuchaba su voz, desde el abismo de sus interrogantes vio su momento, iba en búsqueda de otro horizonte.

Había sembrado su ansiedad por encontrar la respuesta, pero todo callaba.

La etapa más crítica fue saber que su padre, jefe de telégra-

fos, estaba amenazado de muerte en el tiempo en que la inseguridad rondaba las ciudades y los pueblos, sin que nadie pudiera hacer nada. Como medida de precaución, su amigo, capitán del ejército, la llevó a ella y a su hermana María Isabel a su pequeña casa ubicada en un batallón fuera de la ciudad. Amalia enfermó, quizás por el frío y la tristeza que le produjo estar lejos de su familia. Se sintió llamada por la muerte, a la voz de la esposa del capitán, quien en tono muy severo las alertó para que permanecieran calladas debajo de una cama. Desolada y con la responsabilidad de proteger a su hermana menor, guardó silencio.

Su corazón dejó de latir debajo de esa cama. Algo extraño le había sucedido en esos días y ahora, en las alturas, un recuerdo borroso le llegó de repente: las botas de un militar y la imagen de un hombre con la barbilla partida, los pómulos salientes y una mirada que evadía todo interrogante. El color perla de su piel y, sobre todo, el pelo corto le revivieron imágenes de un pasado que no alcanzaba a dilucidar: comenzó a sentirse como si estuviese sobre el filo del tiempo y una profunda sensación de desamparo la invadió. Era el monstruo que a veces bloqueaba sus emociones.

De repente se miró como la niña que, en un momento, ya olvidado, temblaba ante los retos, crecía desorientada, indecisa, y en su juventud no encontraba el norte frente a los compromisos. Le bastaba el más leve tropiezo, la más mínima dificultad, para quedarse petrificada. En lugar de luchar por lo que quería, si se sentía derrotada, dejaba todo con cualquier pretexto, sin medir las consecuencias.

A sus treinta y cuatro años, en los que la mayoría de las mujeres aligeran sus sueños y los mezclan con esa vorágine presta a desearlo todo, se encontraba en ese avión, de regreso a un mundo que ignoraba. Detrás del motivo aparente de dar apoyo a su

amiga y de acompañar a su padre en su enfermedad, se escondió lo que la atormentaba: buscar el inicio de su incertidumbre. Por eso, al oír al capitán anunciando el aterrizaje, una opresión en la garganta la aturdió como asfixiándola.

Desde muy niña había viajado por esa vía y su mayor gozo estaba en el instante en que las pequeñas ruedas amansaban la tierra. Este aterrizaje era diferente, sus manos estaban vacías, su pasado no era su garantía, no sólo para abrir nuevos caminos, sino para asegurar el éxito de su existencia. Y nuevamente allí, Bhagwan Sree, el líder indio, controvertido por su abierta crítica a Mahatma Gandhi y a religiones como el hinduismo, el cristianismo y el islamismo, apuntando a su barbilla, como si efectivamente la vida no la estuviera esperando en ninguna parte, la estuviera sucediendo. ¿Quién podría certificar su estabilidad emocional y económica? Miró por la ventanilla, prendió la luz de ayuda, atendieron su llamado, pidió agua. Su rostro reflejaba tanta angustia que la azafata le preguntó si necesitaba algo más. Ella la miró y sólo acertó a negar con la cabeza.

Recordó la alegría con que su hermana María Isabel recibió la noticia el día en que decidió salirse del convento. Su rostro reflejó la confianza que la reacción de su hermana y el esposo le dieron en ese momento.

El capitán anunció la llegada. La compuerta del avión se abrió y la caricia de una brisa tibia contrastó con el frío que recorría su cuerpo. Era el pasado, era el presente, la distancia de su corazón con la vida.

Al ruido de los aviones que llegaban o partían, unido a las manos que saludaban a los viajeros desde lejos, sonrió.

«Así es la vida, una locura, llena de contrastes», pensó.

La vida, un tren de pasajeros, donde unos saben a dónde

van, otros se dejan llevar sin preguntarse, aunque todos son obligados a bajarse en una estación incierta.

—La vida es un interrogante, una ilusión —murmuró.

A paso lento, bajó las escalerillas del avión, miraba sin mirar. Su rostro reflejaba la incertidumbre que respiraba. Se dirigió a la sala donde se encontraría con la memoria de su infancia. Allí estaban sus hermanas María Isabel, la menor, a quien Amalia le llevaba tres años; y Helena, su otra hermana, diez años mayor y quien la atendió de niña y la acompañó en su adolescencia. Por un momento, Amalia olvidó su tristeza. Volver a ver a sus hermanas era como abrigarse del amor de la familia, del calor de un hogar del que se había alejado inconscientemente y que ahora, a su edad, resentía como el faltante, del que no podría nunca más volver a disfrutar, por la imposibilidad de recuperarlo.

La soledad que experimentó en el internado se hizo presente para reclamarle su primera decisión a los once años, de partir a la capital para ir a estudiar el bachillerato. La voz de los quince años que vivió como religiosa llegó para culparla por su deserción. Esos años habían sido de una entrega total a la misión que creía que era el mensaje del Altísimo. La certeza de que el camino correcto y definitivo para su felicidad era permanecer en el convento, en un instante se hizo añicos. Su misticismo y acercamiento al Dios que le dio la vida no se había perdido, pero empezó a sentir esa ambigüedad de creerse divagando entre dos ríos, partida por en medio: por un lado, pensaba que había de repente perdido el mayor tesoro de su vida, su juventud; y por otro, como si esos años hubiesen sido, entre la oración, el trabajo y la convivencia, su mejor acierto.

«Regreso a los días de mi infancia, ¿serán ellos los mismos?», se preguntó desde el pináculo decimonónico de su desconcierto.

Camino a su nuevo hogar, una imagen de autoridad, bene-

plácito y tristeza le llegó de repente a su memoria: la de sus padres, Gonzalo y María, que, abotonados al recuerdo de su infancia, la esperaban en la casa de su hermana María Isabel y Felipe, su esposo, en donde vivían con Helena.

La casa quedaba en un conjunto residencial en las afueras de la ciudad, constituido por fincas de construcción antigua, que los aislaba del frenesí de la ciudad moderna. La empresa donde trabajaba Felipe la cedía a sus ingenieros por un arriendo simbólico. Dos niños, Olga Lucía y Carlos, eran la alegría de los abuelos.

Amalia vio que la ciudad de su adolescencia era otra y otro también su espíritu; y las avenidas pobladas de árboles que la cruzaban de norte a sur la impactaron. A medida que avanzaban, las exclamaciones de sorpresa fueron constantes. En el recorrido, Amalia veía que la mayoría de la gente utilizaba el celular como medio de comunicación generalizado.

El encuentro con sus padres preocupaba a Amalia, quien bajó la mirada. Habían pasado quince años sin verlos y en ese momento los sentía como si nunca los fuera a recuperar. Como si la ausencia se hubiera clavado en lo más profundo de sus entrañas de hija. Se llevó las manos al pecho mientras las lágrimas, como cascadas sinuosas, comenzaron a bañar su rostro.

De repente, Amalia oyó su nombre: era María Isabel quien le decía que habían llegado. El auto se acercó a la casa once y Amalia vio en la puerta a la mujer que ella más había necesitado y a la que menos conocía: su madre. Su rostro palideció. Expresión del dolor que llevaba clavado en su ser por la lejanía de quien la había llevado en sus entrañas y de quien durante los años de su estada en España nunca recibió ni una letra, ni una llamada, ni un saludo, ni por intermedio de María Isabel. Su silencio le había roto hasta el último rincón de su corazón de niña

y al verla se sobrecogió porque nunca lo comprendió. Sintió las manos de María Isabel entre las suyas. Su mirada se cruzó con la de la hermana que siempre había estado con ella, en las buenas y en las malas, en la presencia y en la ausencia.

Al bajarse del auto, ya más cerca, percibió la delgadez del cuerpo de su madre, los gruesos cristales de los anteojos y el bastón que la sostenía. Nunca imaginó que la distinción de su madre se apoyaría, un día, en un bastón. Ella, quien había recibido múltiples elogios por su elegancia al vestir y era reconocida como la mejor de las modistas, sólo podía ver, entre sombras, su máquina de coser. Las continuas llamadas, cartas y razones de todos los de la familia, para que regresara a la casa, hicieron que Amalia saliera del país. Y esa decisión fue un doloroso golpe para su progenitora, quien, según le contaba María Isabel, lloró todos los días desde su partida. Su hermana nunca intuyó la verdad del motivo del alejamiento de la madre, no sólo con Amalia, sino también con ella. Lo único que sabía era que a su madre la atormentaba algo, como un secreto que guardaba, con un enorme temor a ser descubierta. Secreto que años después, por una circunstancia ajena a su voluntad, se vio obligada a descubrirse a sus dos hijas menores.

Su madre sintió los pasos de Amalia y, como olvidando el pasado y el bastón, la abrazó con todo el amor que podía haber en su cuerpo tembloroso. Amalia no esperaba que la recibiera como lo hizo. Fue un abrazo de reconciliación, que aceptó a pesar del resentimiento que su rostro reflejaba. La madre la retuvo entre sus brazos y los recuerdos de infancia abrieron el corazón de Amalia, que por unos minutos se quedó sintiendo el calor que se le negó por tantos años. Después Amalia le dio un beso en la frente y sonrió expresándole su felicidad. El rostro de la madre se iluminó, como si la distancia se hubiese desvanecido

y la muralla que encerraba el sufrimiento por la ausencia de su hija se hubiese venido abajo; y con la intensidad de la emoción la volvió a abrazar. A Amalia le llegó la claridad de la vida de su madre, creyó que había comprendido su pasado, y disfrutó de su abrazo. Helena se acercó y, en voz baja, les dijo que el padre estaba ansioso por ver a su hija.

La casa era grande. Las paredes blancas la iluminaban. En los corredores había materas con claveles, rosas, veraneras de todos los colores, que le daban un aire y una fragancia especial. En el centro del patio, una fuente refrescaba el ardiente clima de la ciudad. El saludo de los pájaros con sus cánticos y su revoloteo hizo sonreír a Amalia. Era una bienvenida diferente.

La habitación donde se encontraba su padre era la más amplia. Amalia quiso verla antes de saludarlo, se acercó a los ventanales, y, aunque las cortinas estaban corridas, por entre los pliegues vio las paredes blancas y los pisos de cerámica brillante. La cama, estilo colonial, tenía un colchón donde podrían dormir hasta cuatro personas, tendido con sábanas blancas de seda y encima un edredón doblado hacia los pies. Amalia lo reconoció, era de los que su madre tejía con hilos de algodón, al igual que las cortinas. Dos sillas, una mesita de noche y un espejo complementaban el mobiliario. Las campanadas de un reloj la distrajeron. Amalia miró a Helena, quien, con el movimiento de sus labios, sin sonido y una señal con su mano, le hizo entender que era el reloj de la iglesia. Había dado las once de la mañana.

Amalia temía la reacción de su padre. Le temblaron las piernas, al recordar la forma como él expresaba lo que pensaba. No quería que la juzgara por su comportamiento. Sabía que estuvo mal el dolor que les causó al irse al convento sin despedirse, pero ya era tarde para lamentarse.

Amalia se llevó las manos a la cara, porque no esperaba



verlo tan demacrado. Su padre era un saco de huesos tirado en la cama. El cáncer que había terminado con su esófago transformó la sonrisa que hechizaba en un extraño rictus y su mirada amorosa en una honda tristeza. Conmovida, se acercó, lo abrazó, un gancho metálico atravesó su corazón. El padre apenas podía moverse, pero la estrechó con tanto afecto que Amalia no pudo contener el llanto. Era el abrazo que había soñado darle desde que se había despedido de él, de su hermano Juan y del amigo que viajó con ellos el día en que fueron al convento a rogarle que regresara a casa.

No hubo palabras. Sólo el silencio acompañó el saludo, mientras afuera, ese mismo silencio apedreaba el aire.

Al día siguiente, Amalia buscó a su amiga Julia, quien se encontraba en una clínica de la capital. Aunque mucho más delgada, todavía era una mujer bella. Un policia hablaba con ella. Amalia se armó de paciencia y se sentó a esperar. Ellos hablaban tan alto que no pudo evitar escuchar la conversación. Julia se veía muy molesta.

—¿Desconfía de alguien, señora?

—No.

—¿No pensó que era una niña indefensa y que usted estaba en la obligación de cuidarla?

—Yo no pensé nada.

—¿Con quién estaba la niña?

—Con la empleada y un compañero del colegio

—¿Había alguien más?

—Sólo fueron al supermercado del barrio.

—¿Cómo se llamaba la niña?

—Se llama Marcela, ella vive.

—¿Qué hizo al ver que no estaba en el apartamento?

—Llamé a la madre del compañero del colegio.

Julia siempre había luchado por olvidar su pasado. Su vida había sido una tragedia, como ahora, que se encontraba en un hospital esperando noticias de Marcela, a quien estaban interviniendo. En la oscuridad de los pasillos, sintió la angustiada soledad que la habitaba.

Amalia vio cómo su amiga comenzó a dar vueltas por la sala de espera. El silencio era violentado constantemente por los gritos de los enfermos. Julia vio a Amalia, se acercó, y sin palabras, la abrazó. Amalia la sintió tan vulnerable que quiso distraerla contándole detalles de sus últimos quince años, como se cuenta una película de acción entre lágrimas y risas. De repente Julia la interrumpió:

—No soy la que piensas que soy.

—¿Quién eres, entonces?

—Nunca he sido la que la gente piensa.

—Julia, ¡cálmate! Es normal que te sientas confundida.

—Mi historia es larga —le dijo con los ojos vidriosos—, pero la vas a saber

—¿Alguna vez te has enamorado, Amalia?

—No es momento de hablar de esas cosas.

—¡Me la mataron!, Amalia, ¡me la mataron!

—Guarda la esperanza, Dios es grande.

—Dios está en mi contra.

—Eso lo dices porque estás desesperada.

Un ruido de gente que corría las distrajo. Vieron que, a la sala de cirugía, entraron deprisa, dos médicos y unas enfermeras. Julia se quedó petrificada. Amalia la abrazó. Era lo único que podía hacer. Julia lloraba desconsolada. De pronto, mirán-

dola a los ojos, le dijo:

—Amalia, tengo rabia con Dios.

—Dios no tiene nada que ver en esto.

—Tiene que ver con todo. No soy mala madre, no la descuidé como insinuó el policía.

—Desde que nací, nací perdiendo.

—No te expreses así, ten esperanza.

—No supe en qué momento pasó esto.

—¡Cálmate, amiga! Las pruebas nos vuelven más fuertes.

—No, nunca voy a olvidar.

Amalia quería a Julia como a una hermana. Le dolía verla derrotada, perder la fe en Dios.

Un oficial quiso interrogar a Julia, ella dio media vuelta ignorándolo. No le importó lo que pudiera hacer. Amalia la siguió

—En lugar de estar preguntándome tonterías, debería estar buscando a los que le hicieron esto a mi niña.

Amalia asintió.



# ÍNDICE

## PRÓLOGO

*Carlos Hugo Garrido Chalén*

<i>Adela Guerrero Collazos: el valor de la nueva narrativa colombiana</i> .....	11
---	----

## INTRODUCCIÓN

*Carmiña Navas Velasco*

La casa al mediodía, de Adela Guerrero .....	19
--	----

## BREVE POEMIO

<i>Antonio García Pereyra</i> .....	21
-------------------------------------	----

## 1ª Parte

<i>El amor interroga</i> .....	31
I. Decisión radical .....	33
II. La paz de verdes infinitos .....	47
III. La resonancia del amor .....	53
IV. Dibujando la culpa .....	63
V. La voz de Javier .....	69
VI. La profecía de una madre .....	75
VII. Cuando el tiempo no importa .....	79
VIII. Como si fuera la primera vez .....	83
IX. El drama de una madre .....	91
X. Deseo arrepentido .....	95
XI. El descanso eterno .....	99
XII. El desplome emocional .....	111
XIII. La verdad oculta .....	115

XIV. Secreto fatal .....	121
XV. Decisión final: dejar el sacerdocio .....	125
XVI. La vida: lo que hacemos de ella .....	139
XVII. Huyendo del pasado .....	153
<i>2ª Parte</i>	
<i>La transformación</i> .....	171
I. Disfrutando del amanecer .....	173
II. Dios escribe derecho .....	185
III. Búsqueda de la felicidad .....	191
IV. El pasado llegó de repente .....	197
V. El mensaje en el espejo .....	205
VI. Los parámetros de la normalidad .....	217
VII. Mujer sin límite .....	227
VIII. Anuncio .....	239
IX. Reconocimiento de lo vivido .....	243
 La autora: <i>Adela Guerrero Collazos</i> .....	 257

Este libro terminó de imprimirse en Málaga  
un 21 de febrero de 2023  
coincidiendo con el natalicio de la escritora  
Anais Nin  
en cuarto creciente.





Impreso en Málaga, España.  
Printed in Malaga, Spain.  
Imprimé á Malaga, Espagne.





